

La locura

Elena Salamanca

Tengo las uñas amarillas y largas. Una mujer que dice que es mi tía abuela las corta, y caen como medialunas. Las veo caer y unirse como espuma amarilla de un mar sucio sobre este cuadro de piso en que estoy parado.

*Una vez,
en el mar
las piedras tenían forma de corazón.
Y eran azules.*

La mujer que dice que es mi tía abuela es vieja. Siempre me trae a este lugar y me lava, me afeita, me limpia, me viste. A mí no me gusta aquí. Me siento. Me paro. Camino. El piso está muy frío. Está caliente. Me dice la vieja que me viste que use zapatos. Me dice muchas cosas. Que mi madre murió. Que mi abuela murió. Que mi hermano, que mi padre.

Yo me paro en el cuadrito del piso de este lugar. No me muevo. Horas. Ella dice que pasan horas, y yo no me muevo. ¿Para qué? Veo mi cuadrito, y el de al lado, y el que está al otro lado, y el que está al lado del de al lado. Me da miedo. Si me muevo, abandono este cuadro, y no quiero abandonarlo. El abandono es cruel.

Cuento mis cuadros. Cuatro a mis lados, ocho a mis lados, una cruz, un cuadro más grande, un rectángulo.

La vieja que dice que es mi tía abuela me dice que me calle. Me peina, me cambia de lugar. Regreso a mi cuadro del piso. No me muevo. Otra vez horas. De nuevo ella dice que son horas. Y yo no me muevo ¿Qué son las horas? Ella dice que es mucho tiempo ¿Qué es el tiempo? Ella no responde.

Entonces me pregunto: ¿si este cuadro se parte y se convierte en 200 cuadros más pequeños y estos 200 cuadros se dividen y se convierten en 400, cuántos triángulos hay entonces? ¿800? ¿1600? Esto depende mucho si el triángulo es recto o isósceles, y si el cuadro se divide primero en un cuadrado o en rectángulo o en triángulo.

Le pregunto a ella. La vieja que dice que es mi tía abuela dice que no sabe. Que pueden ser 200 ó 1600 triángulos pero no le importa. Que me mueva y que salga de este cuadro del piso que me da tanto miedo abandonar. Le digo que no. No me moveré.

Ella llora. Dice que no tengo madre, ni hermano, ni padre, y que ella morirá. Que ella tampoco tiene madre, ni hermanos, ni padre. Ni hijos. Que ella morirá y quién me bañará, quién me vestirá.

Yo no respondo y cuento infinitamente mis triángulos rectángulos. La vieja que dice que es mi tía abuela dice entonces que yo no recuerdo nada. Ella habla de recuerdos.

¿Qué son los recuerdos?

*Una noche,
dormido sobre su pecho
oí su corazón.
Pensé que no tenía.
Se lo dije.
Ella rió.*

Digo esto y lo estoy viendo. Yo en esa cama. Yo con las uñas cortas y blancas que no caían como la espuma de un mar sucio sobre mi cuadro de piso. Mientras lo veo, la vieja que dice que es mi tía abuela insiste en que no recuerdo nada: la vida, la gente, los viajes.

*Una vez,
un pájaro extraño pasó sobre nuestras cabezas.
Tomé su mano.
Era fría.
Quise besarla pero tenía dormidos los labios.*

La vieja que dice que es mi tía abuela dice muchas cosas mientras camina alrededor mío, yendo y trayendo cosas, pero nunca me ha dicho cuántos triángulos rectos tiene el cuadro de piso donde estoy parado. ¿Cuántos triángulos aparecerían si este cuadro de piso en que estoy parado se divide, y su división, a su vez, se divide en cuadros y estos cuadros en triángulos y estos triángulos en triángulos, triángulos y más triángulos?

Dice que está harta y que me calle ya.

¿Por qué no busca en un libro? ¿La respuesta no está en los libros?

*Una vez,
en el autobús,
el viejo del asiento de al lado se quedó dormido.*

*El periódico en las piernas.
Leí la página de atrás,
de lado, las letras obtusas,
como si las leyera desde un espejo.*

Y ahí no decía nada.

La vieja que dice que es mi tía abuela me cambia de ropa y dice que de nada sirve porque ya voy a regresar “allá”. “Allá”, me recuerda, es la calle. La calle, como dice, me gusta más que este lugar.

Llego a la calle y me paro sobre una línea del camino como un equilibrista. ¿Hay vacío abajo?

¿Si dejo de colocar mis pies, firmes y rectos, uno detrás del otro, caeré? ¿Adónde voy a caer? ¿Por qué nadie más camina conmigo en esta línea delgada y blanca y escucho gritos y escucho ruidos, y veo cosas de colores moverse a mis lados y la vieja que dice que es mi tía abuela dice que son coches que van a matarme?

Entonces ella, la vieja que dice que es mi tía abuela, llega, me aleja de mi línea y me trae acá, y extraño a mi línea de equilibrista y la calle.

*En la carretera,
vi una vez
a las cigüeñas en sus nidos.
sobre las torres de electricidad,
en los castillos abandonados.
Ella nunca las miraba.*

Comencé a guardar cosas. Cosas: ladrillos, espejos, lámparas. Ella nunca las miraba. El síndrome de Diógenes consiste en guardar cosas, leía yo en las revistas. Las guardaba también. El síndrome... El síndrome de Diógenes. El síndrome, elsíndromeelsíndromeelsíndrome.

Ella nunca leía las revistas.

La vieja que dice que es mi tía abuela no habla de ella. Una vez habló. Una vez dijo que no tengo ni madre, ni hermano, ni abuela, ni padre. Ni... y se echó a llorar.

Yo sé que iba a hablar de ella.

Ella tampoco contaba los triángulos de los ladrillos ni hacía crucigramas.

La vieja que dice que es mi tía abuela termina su labor y me ve limpio, peinado, afeitado, las uñas cortadas. Debo comer, dice. ¿Qué es eso? Rompe a llorar. ¿Para qué voy a comer? Solo

como cuando me trae aquí, y no quiero, no me gusta, como este lugar donde me tiene encerrado y ya quiero salir. Dice que no salga, que debo quedarme acá.

Me quedo entonces en mi cuadro y lo veo. A veces me agacho y quiero tocarlo pero me da miedo. ¿Y si rompo algún triángulo? ¿Y si desordeno el orden perenne e infinito de los triángulos rectángulos naciendo de los cuadros que surgen bajo mis pies?

Entonces me levanto, y temo.

La vieja me sirve un plato y se queja: Que no sé nada: ni de la primavera, ni de las gentes ni de los sabores.

Los olivos,

enanos enojados que escupen aceite.

Yo ponía el aceite en el pan, y el pan en su plato.

Ella no comía.

Yo tampoco como. La vieja se inquieta. Le pregunto qué hace cuando no me peina ni me viste ni me afeita ni me lava, y tampoco responde. Levanta el plato que me ha servido y se para sobre mi cuadro en el piso y rompe a pedazos mis triángulos rectángulos. ¡Incontables! Los rompe y no los puedo unir de nuevo, cómo contarlos ahora, cómo saber, cómo, cómo. Cómo.

*En el campo,
una mujer musulmana recogiendo la cosecha en tierra dura y extranjera.
¿Ves esa mujer?, le dije.
Es un tronco, respondió ella.*

Ella no miraba lo mismo que yo y con las finas agujas de sus zapatos rompió, como esta vieja, todos los triángulos que nacían como flores bajo mis pies. Mis lámparas y mis ladrillos. Los espejos.

Yo la veía.

La veía y ella no volteaba.

Yo no tenía padre, ni madre, ni hermano, ni a esta vieja que me lava y me peina y me corta las uñas amarillas y dice que es mi tía abuela. Solo la tenía a ella, rompiendo todo.

Nadie contaba mis triángulos rectángulos y me decía cuántos son, cuántos pueden ser, y decidí contarlos yo. Uno por uno, uno por uno, y uno más, y una noche y otra. Y en la casa los ladrillos se llenaban de triángulos y ella no los miraba, ni quería contarlos.

Una noche definí, después de mucho esfuerzo, que podían llegar a ser 700 mil novecientos 36 triángulos rectángulos. Se lo dije, se lo grité. Ella no respondió.

Seguí contando. Eran más. Volví a decírselo. Volví a gritar. Ella tampoco contestó.

Me levanté de mi cuadro de piso, con cuidado de no romper a los demás y fui por ella. No la encontré. Fui al último espejo, pinté mis labios como pintaba ella los suyos, y salí a la calle.